



ESPECIAL JÓVENES

PARROQUIA NTRA. SRA. REINA DEL CIELO, Nº 14, AÑO VI, 8 01 2017

LA EUCARISTÍA, CENTRO DEL DOMINGO

«Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). Esta promesa de Cristo sigue siendo escuchada en la Iglesia como secreto fecundo de su vida y fuente de su esperanza. **El domingo** es la celebración de la presencia viva del Resucitado en medio de los suyos.

Para que esta presencia sea anunciada y vivida de manera adecuada no basta que los cristianos, discípulos de Cristo, oren individualmente y recuerden en su interior, en lo recóndito de su corazón, la muerte y resurrección de Cristo. Los que han recibido la gracia del bautismo no han sido salvados **sólo a título personal, sino como miembros del Cuerpo místico, que han pasado a formar parte del Pueblo de Dios**. Por eso es importante que se reúnan, para expresar así plenamente la identidad misma de la Iglesia.



Esta unidad se manifiesta externamente cuando los cristianos se reúnen: toman entonces plena conciencia y testimonian al mundo **que son el pueblo de los redimidos formado por «hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación»**. En la asamblea de los discípulos de Cristo se perpetúa en el tiempo la imagen de la primera comunidad cristiana, descrita como modelo por Lucas en los Hechos de los Apóstoles, cuando relata que los primeros bautizados **«acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones»**

San Justino, en su primera Apología dirigida al emperador Antonino y al Senado, **describía con orgullo la práctica cristiana de la asamblea dominical**, que reunía en el mismo lugar a los cristianos del campo y de las ciudades. Cuando, durante la persecución de Diocleciano, sus asambleas fueron prohibidas con gran severidad, fueron muchos los cristianos valerosos que desafiaron el edicto imperial y aceptaron la muerte con tal de no faltar a la Eucaristía dominical. Es el caso de los mártires de Abitinia, en Africa proconsular, que respondieron a sus acusadores: **«Sin temor alguno hemos celebrado la cena del Señor, porque no se puede aplazar; es nuestra ley»; «nosotros no podemos vivir sin la cena del Señor»**. Y una de las mártires confesó: **«Sí, he ido a la asamblea y he celebrado la cena del Señor con mis hermanos, porque soy cristiana»**.

Hoy, como en los tiempos heroicos del principio, en tantas regiones del mundo se presentan situaciones difíciles para muchos que desean vivir con coherencia la propia fe. El ambiente es a veces declaradamente hostil y, otras veces —y más a menudo— indiferente y reacio al mensaje evangélico. **El creyente, si no quiere verse avasallado por este ambiente, ha de poder contar con el apoyo de la comunidad cristiana**. Por eso es necesario que se convenza de la importancia decisiva que, para su vida de fe, tiene reunirse el domingo con los otros hermanos para celebrar la Pascua del Señor con el sacramento de la Nueva Alianza.

Es precisamente en la **Misa dominical** donde los cristianos reviven de manera particularmente intensa la experiencia que tuvieron los Apóstoles cuando el Resucitado se les manifestó estando reunidos. En aquel pequeño núcleo de discípulos, estaba en cierto modo presente **el Pueblo de Dios de todos los tiempos**. A través de su testimonio llega a cada generación de los creyentes el saludo de Cristo, lleno del don mesiánico de la paz, comprada con su sangre y ofrecida junto con su Espíritu: **«¡Paz a vosotros!»** Al volver Cristo entre ellos **«ocho días más tarde»**, se ve prefigurada en su origen la costumbre de la comunidad cristiana de reunirse cada octavo día, en el **«día del Señor» o domingo**, para profesar la fe en su resurrección.

El evangelista Lucas en la narración sobre los dos discípulos de Emaús, a los que acompañó Cristo mismo, guiándolos hacia la comprensión de la Palabra y sentándose después a la mesa con ellos, dice que, lo reconocieron cuando **«tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando»**. Los gestos de Jesús en este relato son los mismos que él hizo en la Última Cena, con una clara alusión a la **«fracción del pan»**, como llamaban los primeros cristianos a la Eucaristía.

Al ser la Eucaristía **el verdadero centro del domingo**, se comprende por qué, desde los primeros siglos, los Pastores no han dejado de recordar a los fieles **la necesidad de participar en la asamblea litúrgica, en la Eucaristía**. Pues, «¿qué disculpa tendrán ante Dios aquellos que no se reúnen en el día del Señor para escuchar la palabra de vida y nutrirse con el alimento divino que es eterno?»

En consecuencia, los Pastores tienen el correspondiente deber de ofrecer a todos la posibilidad efectiva de cumplir el precepto. En esta línea está la institución de las Misas vespertinas y, finalmente, la indicación de que el tiempo válido para la observancia de la obligación comienza ya **el sábado por la tarde**.

La Iglesia no ha cesado de afirmar la obligación de conciencia, de asistir a la asamblea eucarística, y basada en la tibieza o negligencia de algunos, ha debido explicitar el deber de participar en la Misa dominical, normalmente como una obligación grave. **Se comprende fácilmente el motivo si se considera la importancia que el domingo tiene para la vida cristiana**. (Extraído de la **Carta Apostólica de San Juan Pablo II, Dies Domini**)